

rector debía de decirle —la carta la conservaréis—, que quizás otras obligaciones más urgentes u ocupaciones le habían impedido cumplir con ésta. De esas obligaciones hubiera sido la que más. Y entonces don Ramón dice: «Si algún académico estuviera dispuesto a emprender la tarea con más autoridad que la mía, por el hecho de haberla perdido yo por esta demora involuntaria y lamentable, desde luego que renunciaría a la tarea». Al fin fue él quien publicó ese tomo.

A don Ramón le apetecía cada vez menos viajar a Madrid, y a partir de 1968 frecuentó poco la Academia. Le molestaba el tráfico y el trasiego de Madrid, la contaminación (más de una vez le oí decir que le picaban los ojos)... Su viejo *Hotel Inglés* se vio invadido por aquellos grupos que a él le ponían tan nervioso, y la tranquilidad de Sevilla le retuvo más y más, y vino a Madrid pocas veces. Julio Caro Baroja, que habló aquí me parece el día cuatro, y don Luis García de Valdeavellano, le escribían contándole asuntos de la corporación, y también el actual secretario, Dalmiro de la Válgoma. Las cartas fueron para don Ramón el medio de mantener sus relaciones con la Academia. Y gracias a su gusto por las cartas, fue muy activo en ese interés.

El gusto por las cartas, por recibir y por escribir cartas, es una de las características yo creo que más fundamentales de don Ramón. En noviembre de 1967 le escribe a Valdeavellano, al regresar de un viaje de dos semanas repartidas entre Galicia y Portugal, diciéndole: «Le contesto enseguida para estimularle a mantener la correspondencia. Me felicito viendo a Vd. reanudar sus buenísimas misivas». Insiste una vez más en su gusto por las cartas: «Poco agradezco tanto como las cartas de personas queridas, y pocos son los que yo quiero que todavía escriben. Tan raras son como mis raros inéditos» (las cartas que recibía en contestación a las suyas), y añade: «A cuántas otras personas no les cuadra esta copla de Jorge Guillén»... La copla en cuestión es la siguiente:

Mi carta sin su respuesta,
se le convierte en anillo
de natiz.
No le molesta
porque es español,
caudillo de esta moda
tan molesta.

La lista de personas que no contestaba a sus cartas no creo que fuera larga. Tenía muy presentes los nombres de quienes habían permanecido mudos después de recibir una carta suya. Refiriéndose a la copla de Guillén, continúa en la carta a Valdeavellano a que aludo: «No diré los nombres de quienes lucen este anillo ibérico. Son muchos».

En aquellos días de 1967 no podía D. Ramón excusar el silencio del eminente paleógrafo D. Agustín Millares Carló, ante repetidas cartas suyas. Le parecía intolerable que no le contestara. Vivía entonces en Méjico, según tengo entendido... En Venezuela, perdón, era primo carnal de su mujer. Por ello no puede menos de dar su nombre a Valdeavellano como merecedor del anillo, y éstas son sus palabras en la carta que cito: «Sin embargo, (a pesar de que decía que no quería dar nombres), sin embargo el caso flagrante de Millares exige denuncia. Aceptemos que mis cartas no las haya recibido. Pero me consta que entonces y después familiares suyos le transmitieron mi encargo. Y me consta también que no ha llegado a mis manos, sin duda a causa del anillo ibérico, ninguna letra suya, y ya desde que lo prometió han corrido meses. Por lo demás,

en él sería lo contrario sorprendente, aunque su carácter y sus disgustos familiares expliquen lo que pudiera parecer extraño.» Y concluye con indulgencia: «Es un despistado seductor y seducido». Y continúa: «Y ya que el anillo nos trajo a Millares, pasemos de Millares a la Academia».

Por aquellos días había tenido un accidente el director de la misma, don Javier Sánchez Cantón. Alguna noticia le había llegado de la caída o de las fracturas del director, y le dice a Valdeavellano: «Ignoraba el accidente de Sánchez Cantón. Mejor dicho, tenía vagar noticias recibidas de Válgoma». Y, como una confidencia, le dice a Valdeavellano: «Y le confieso mi pecado: Posiblemente, y lo que es gravísimo, deliberadamente, no le habría escrito con sincera aflicción. Ya comprendo que, como confesor que es usted mío, aún siéndolo fortuito, me guardará este secreto».

¿A qué se debía esta animadversión al director? Pues a la actitud que el director había adoptado en relación con el posible nombramiento o elección de don Agustín Millares como bibliotecario de la Academia. Y entonces, con toda claridad, se expresa así don Ramón. Bueno... Primero Millares había sido elegido académico en el año 1934. Fue dado de baja por Orden Ministerial en el año 1941. Fue reincorporado después en 1966. Y don Ramón quería mucho a don Agustín Millares; era uno de los pocos amigos a los que tuteaba, y le admiraba mucho. Y cuando la Academia acordó que Millares, que permaneció en Venezuela, se reintegrara a la misma, después de ese castigo que había sufrido por causa de la guerra y de su actitud en aquel conflicto, don Ramón le escribió a Millares una carta en la que le comunica que la Academia ha decidido por fin incorporarle entre sus miembros: «...suscitan recelo y envidia la irresistible simpatía y la arrolladora seducción que Dios te ha dado, y que en esta ocasión, muchas de otra eficacia conoces, conquistó el unánime asentimiento de los inmortales».

Tenía don Ramón motivo para felicitarle, porque la incorporación de Millares era muy provechosa para la Academia. Describe Carande en su carta a Valdeavellano (ésta que ya he citado varias veces), su actitud en la Academia ante lo que él consideraba abuso del director: El hecho de que el nombramiento de bibliotecario se hiciera sin elección de los académicos y por simple decisión del mismo. Y en la sesión en que esto ocurrió, don Ramón padeció mucho, porque hubiera querido protestar, pero al ser primo suyo el otro candidato, le parecía que no era él el llamado a reclamar. «Tuve que morderme la lengua, para no replicar en la sesión de su abuso de poder y carencia de delicadeza. Y me mordí la lengua haciéndome daño por reconocer que no era yo el llamado a poner las cosas en claro. Afecta este abuso de poder a la Corporación, y soy el menos corporativo de la Academia. Me dio vergüenza el silencio de todos, y se enfriaron mis deseos de asistir más que hasta ahora. Saben algunos que soy pariente político de Millares, y más rojo que él. Esto desautorizaba en aquel trance mis reparos a la sucia cacicada impuesta a un tímido, el director, por un osado. No creo que ya mantenga la candidatura de Millares un número pesado de Académicos. Es más, llevo a temer que si la candidatura, por casualidad, prevaleciese, nos dejase Millares en la estacada».

Y refiriéndose a otra persona que escribía poco, concluía Carande esta larga carta que extracto, a Valdeavellano, con las siguientes palabras (se refiere a José Antonio Rubio Sacristán, entrado recientemente como miembro de número en la Real Academia

de la Historia): «¿Sabe usted algo de Rubio? me dice su hija que recientemente tuvo alguna dolencia, pero no lo explica. Me inquieta no saber nada de ese ágrafo contumaz a quien tanto quiero».

Su parentesco político con Millares y su orientación política decía en otra carta que le inhabilitaban para ser el campeón de la campaña en pro del paleógrafo para bibliotecario: «Podrían los que no me conocen y aceptan las consignas pensar que me muevo con motivos bastardos». Tenían, además, Millares y él, otra nota común desfavorable: los dos eran ausentes contumaces de la Academia.

Refería Carande en carta de noviembre del 67, cuando se había hablado de la candidatura de Millares para bibliotecario, que al conversar sobre ello con don Francisco Cantera y Burgos, arabista, y con el agustino padre Angel Custodio Vega, le habían dicho que la idea les parecía excelente, y el candidato insuperable. «Hasta creo recordar —concluye Carande—, que siguiendo la broma abordada en otros casos, me dijo en el Escorial el Padre Angel: “Ya veo que, como rojo, no olvida usted a los de su color”’. Imaginen ustedes (refiriéndose a Julio Caro y a Valdeavellano), lo que habrían dicho más de seis y más de ocho, y acaso más de diez de nuestros colegas. En un palabra: si ustedes creyeran, como dice Millares, que existe una posibilidad para el logro del asunto, muévanlo, y el día que sepamos que votarían con nosotros los Académicos necesarios para hacer triunfar a Millares, yo les secundaría complacidísimo. Complacidísimo, digo, porque habría de ser el mejor de los bibliotecarios; y regocijado, no lo oculto, porque serían muchos los que se sentirían indignados. Esto también me agrada». Porque era profundamente contestatario.

Las críticas de don Ramón a la Academia eran continuas. Don Ramón era inconformista, y no podía estar satisfecho con el ambiente de la Academia. Cuando se habló de la posible elección de Valdeavellano en enero de 1958, expresaba sus deseos de que entrara pronto en la casa, con la esperanza de que Valdeavellano, por ser más joven, elevara el aire mortecino de los viernes. Veamos cómo comenta don Ramón las posibilidades de que triunfe la candidatura del nuevo aspirante, Valdeavellano. En esta carta parece que don Ramón se propuso darle una versión realista de lo que era de verdad por dentro la Academia. Y comienza la carta con estas palabras: «Por más que yo quiera, puesto que a usted le agrada, verle cuanto antes dentro de la Academia, no viene mal que, previamente, tenga ocasión de conocer los tejes y manejes de la casa. Según Ovidio, y tantos otros buenos conocedores de los hombres, también los había en el Olimpo, y acaso, en otro plano, no faltasen en el Jardín de Academos, aunque nos repugne. ¿Serán cosas de la inmortalidad o de los inmortales?, que, como decía Unamuno, no es lo mismo. Pero dejándonos de citas más o menos clásicas, todo lo que sabemos de estas elecciones parece repugnante». Su versión de los entresijos de las votaciones es muy negativa.

Fue don Ramón promotor de candidaturas, y como tal, contestó a discursos de ingreso. Cuando ingresó el medievalista Ángel Ferrari en la Academia, fue don Ramón quien contestó a su discurso. No le era difícil trazar la semblanza del nuevo académico, por haberle tratado cuando era estudiante Ferrari en Sevilla. Al final Ferrari era oriundo de Lora del Río. Y la contestación es inteligente, a pesar de que en abril de 1958, en

carta a Valdeavellano, decía don Ramón haber ido a Capela el penúltimo día de marzo, después de haber rematado de cualquier manera la contestación a Ferrari.

Y en ese día, cuando Ferrari ingresa en la Academia (y fue por lo que hablé de las brumas del día del discurso de recepción de don Ramón, en que estuvo ausente su amigo íntimo Juan Lladó... Juan Lladó se excusó diciéndole: «Don Ramón, perdone usted, pero la niebla me impidió llegar a tiempo. Estaba en una cacería, salimos después del almuerzo y la niebla me impidió llegar a su recepción de Académico»). Y estaba en la de Ferrari. Y contaba Lladó que, al verle de lejos don Ramón, le enfiló rápidamente. —Como Ferrari era yerno del Marqués de Aledo y del Banco Herrero, y Lladó del Banco Urquijo, le parecía que las proximidades bancarias le conducirían aquella tarde a la Academia—. Y viéndole de lejos, dijo: «¡Ya sabía que hoy no iba a haber niebla!».

Pues bien; contestó también al discurso de Valdeavellano, y la ocasión se le presentaba perfecta para dar muestra de su actitud contestataria. Cuando ingresó Valdeavellano en la Academia, fue Carande quien contestó a su discurso. Y en diciembre de 1959, en carta de ese día, le expone cuál va a ser el contenido de su oración. Dice llevar más de quince días trabajando en ella, «haciendo lo que los viejos maestros de Filosofía», dice don Ramón, «si bien en este caso, en pro de una tesis desconocida», porque todavía no sabía cuál iba a ser el contenido del discurso. Y además de revisar viejos papeles, de leer un par de libros, estaba en comunicación repetida con don Claudio Sánchez Albornoz, residente en Buenos Aires. Porque Valdeavellano era discípulo, uno de los discípulos, y no el discípulo preferido de Sánchez Albornoz. Y comunica entonces, en diciembre del 59 a Valdeavellano, cuál era su propósito respecto a sus palabras de contestación. Como don Claudio, maestro de Valdeavellano, estaba en el exilio en Buenos Aires, y constaba a todos lo que ambos lamentaban su ausencia —Carande y Valdeavellano—, quería don Ramón explicar entonces, públicamente, la alegría de don Claudio al ver a Valdeavellano elegido académico. Éstas son las palabras de Carande:

«Me propongo concederle a don Claudio la palabra, y explico mi presencia en la tribuna ese día, o explicaré la presencia en la tribuna ese día, con la única razón que se me alcanza: sustituyéndole». Pensaba explicar que al haber elegido académico a Valdeavellano, había influido en la Academia que fuera discípulo de Sánchez Albornoz. Con sus palabras pensaba manifestar públicamente la adhesión de la Academia a su miembro separado. Pensaba también remontarse a exponer cuál era y había sido la labor del maestro, o mejor de sus maestros, Albornoz y Ramos Loscertales. De éstos habría de remontarse, a su vez, a la generación anterior de historiadores, a Hinojosa y a don Andrés Jiménez Soler. Se proponía también hablar de Costa y de Canseco.

En cuanto a la labor de don Claudio, pensaba hablar sólo de la que conocía, tratando poco de sus libros, mucho de su vocación de historiador, de sus dotes para organizar, y de la heroica empresa realizada en Buenos Aires, dedicándose a la historia medieval de España allí.

Para hablar de don Laureano Díaz Canseco, maestro de Valdeavellano, contaba con una nota que le había mandado Albornoz, aunque decía estar defraudado con su lectura, por lo que decía ser preciso que urdiere, a su manera, si no contaba con la ayuda de Valdeavellano, «la semblanza que guardo —dice don Ramón— de aquel cínico, por lo mismo mucho más filósofo que historiador». En efecto, todos los que conocieron